

»Este era el tema de Juan Hus, de Wiclef, el resultado fundando el derecho, la glorificación del Alcoran.

»Sin embargo, Lutero se detuvo un momento en su furia, y el papa Leon decia: «Ahora vivimos en paz: el hacha no corta ya el tronco del árbol, no hace mas que podar las ramas.»

»El Papa tenia razon. Dejemos hablar á Audin en su *Historia de Lutero*.

»Nunca, en ninguna época del cristianismo, la tiara habia brillado con tanto esplendor; todas las coronas desaparecieron delante de ella. El Papa era verdaderamente el monarca universal; reyes, príncipes, grandes del mundo, pueblo, se disputaban una mirada suya; cantábanle en todos los idiomas, y su retrato adornaba todos los palacios y todas las cabañas, porque el nombre de Leon despertaba á la vez todas las ideas de religion, de arte, de poesía y de gloria.»

»Este fué, sin embargo, el soberano á quién horribles desórdenes debian, no detener, sino atormentar en su vasto poderío.

»Martin, vuelto á su cólera, publicaba tesis subversivas contra todo orden católico: sin embargo, creyó á propósito invocar la benevolencia del Papa.

»Nunca se trazaron palabras mas humildes, pero de mas estudiada humildad; su carta nada tenia de inspirado y espontáneo, todo respiraba estudio, todo era trabajo forzado de cabeza.»

Leon X procuró que Gaetani, legado en Augsburg, tratara de persuadir á Lutero. Sábio, elocuente y enemigo de violencias era el legado; pero todo fué inútil. El monje contestaba á la suavidad con sarcasmos; apelaba á las universidades; estas le condenaban, y respondíales con injurias; no queria reconocer la autoridad pontificia y no sabia que sustituir á las predicaciones de Jesucristo, á la Biblia bien leida, á las tradiciones, y á los escritos que desde Roma le eran dirigidos.

He aquí como prosigue M. Audin: «Al mismo tiempo que el viejo árbol del catolicismo se despojaba de algunas ramas, otros retoños nacia al calor del sol americano. Dios guiaba á un hombre cuyos discípulos debian llevar la fé á las comarcas mas lejanas, y ganar para el pontificado más almas que las que le habia quitado las doctrinas de Lutero. Nació Ignacio de Loyola, y con él la milicia

que durante muchos siglos llenará el mundo con los prodigios de su fé, de su saber y de su predicacion.»

M. Audin, en su Vida de Lutero, se detiene en el momento en que el pontificado va á perder al gran Leon X, y enumera en los siguientes términos los males que el doctor habia causado al catolicismo.

«¿Se quiere saber las heridas que la revuelta sajona ha hecho á la religion? Son estas, abolicion de la confesion, de la misa, de las oraciones para el descanso de los difuntos, del culto de los santos y de las imágenes, de la uncion sacerdotal, de los votos monásticos, de los ayunos, de la abstinencia, de la extremauncion, de las obras, del libre albedrío. ¿Quien lo creyera? quiere ahogar hasta el grito que el alma apesurada dirige incesantemente al trono de todas las misericordias, pues, segun Lutero, basta hacer oracion una ó dos veces, porque Dios ha dicho (San Mateo, II, 22): «Lo que me pidierais, lo obtendreis.» Rogar, y vuelta á rogar, es manifestar que no tenemos confianza en Dios.»

Mientras que estos disturbios devastaban la Alemania, Leon X, dotado de un espíritu nacido para lo grande, proseguia trabajando en la basilica del Vaticano, deseoso de concluir, si era posible, la obra de Julio II.

Bramante habia recibido de este Papa la orden de edificar un templo que debia humillar en esplendor al que en otro tiempo Salomon habia mandado construir para el Señor. Puede decirse muy bien que San Pedro de Roma es la obra de Julio II: concibió la idea y las proporciones gigantescas, á pesar, dice un historiador contemporáneo, de la oposicion de todos los cardenales, que no podian ver sin dolor caer la antigua iglesia de Constantino, santificada por los huesos de todos los bienaventurados, venerada en toda la cristiandad, y escena de tan altos hechos católicos.

Lo que se trataba de destruir era precisamente aquel templo, aquellas esaleras, aquellas diversas puertas, aquellos numerosos altares, dispersos aquí y allá, de todo lo cual nos ha dado Hurter una detallada descripcion.

La basilica de Constantino habia recibido toda clase de nombres hermosos. Digamos estos nombres históricos, porque va á borrarse enteramente la huella que de ellos quedaba. Leon el Grande la llamaba *lecho glorioso del principado de San Pedro*; Gregorio IX, *astro*



de aquella tierra; Nicolás III, *cabeza de la Iglesia católica*. Bramante fué implacable con la obra imperial: todo cayó á los golpes de su martillo, columnas de alabastro, bajo-relieves cubiertos de oro, estatuas de mármol, mosaicos griegos, puertas de cobre y puertas de plata.

Después de tres años de trabajos preparatorios, se colocó la primera piedra del nuevo templo, celebrándose una misa solemne á la que asistieron treinta cardenales. Luego que un prelado se halla revestido con la púrpura, cualquiera que sea el estudio que en él ha predominado, el amor á las artes se apodera de él, y con mas ó menos conocimientos prácticos, se hace protector del gusto por los edificios monumentales, que son una de las principales glorias de Roma. Julio II, con sus cardenales, bajó á los cimientos de uno de los pilares de la cúpula, el mismo en que está colocada la estatua de Santa Verónica, y bendijo un pedazo de mármol en que estaba grabada esta inscripcion:

EDEM PRINCIPIS APOSTOLORVM  
IN VATICANO VETVSTATE ET SITV  
SVALENTEM A FVNDAMENTIS  
RESTITVIT IVLIVS LIGVR  
PONT. MAX. AN. MDVI.

Bramante tenia entonces 33 años. Habia concluido las cuatro columnas de la cúpula y *cimbrado* los arcos que las unen entre sí; y se preparaba á empezar el tambor de la cúpula en el que descansa, é iba á terminar el brazo occidental de la cruz, cuando murió.

Le enterraron en la Iglesia de San Pedro, y es de sentir que ninguna inscripcion nos recuerde el sitio donde descansan los restos del grande arquitecto. Llevóse consigo el secreto de su plan, pues, segun costumbre de la época, eran simples albañiles los que le ayudaban en sus trabajos. Al morir, designó para que le reemplazara á Rafael de Urbino, á quien fueron dados, como cooperadores, Julian de San Gallo y el hermano Jocondo. Apenas los nuevos arquitectos echaron una mirada á la obra de Bramante, señalaron desproporciones evidentes entre la cúpula, y las columnas destinadas á sostenerla. La cúpula, que igualaba á corta diferencia

el Panteon de Agrippa, estaba sobrecargada de columnas y coronada con una linterna. Recargados los pilares, trabajaban y amenazaban abrirse, de modo que fué preciso modificar el plan de Bramante.

Era necesario, con relacion á tanta magnificencia, que Julio II tuviese por sucesor un Leon X, y esto es lo que sucedió. Leon no ocultaba que él queria hacer tambien una obra maravillosa. Bembo redactó el breve que, con este motivo recibió Rafael, y que prueba la afecion y confianza del Papa.

«Rafael de Urbino, independientemente del arte de la pintura, en el que todo el mundo sabe que sobresalís, poseeis tambien segun declaracion del arquitecto Bramante, el arte de edificar. Así lo manifestó Bramante poco antes de morir, y creyó que se os podia confiar el cuidado de continuar la obra, por él empezada, del templo del Príncipe de los Apóstoles. Habeis confirmado esta declaracion, presentándonos un plano dibujado por vos. Como deseamos con extremo que este templo se levante pronto y con la mayor magnificencia, os nombramos superintendente de la obra, y os asignamos 300 escudos de oro, pagaderos cada año por los tesoreros, de las cantidades reservadas y destinadas al gasto que ocasiona el templo.

»Mandamos además, que sin tardanza y aun cada mes, si lo pedís, se os pague la suma que os corresponda, á proporcion del tiempo. Os exhortamos tambien á emprender el cuidado de este empleo, de modo que se vea que mirais por nuestra dignidad y por vuestro nombre. En efecto, conviene que, como valiente jóven, deis buenos cimientos á vuestra reputacion; es preciso que correspondais á la esperanza que en vos ponemos, y á nuestra paternal benevolencia. No debeis olvidar que se trata de la dignidad y fama de este templo, que siempre fué en el mundo el mas grande y santo, y en fin, de nuestra devocion al Príncipe de los Apóstoles.»

Rafael habia imaginado una cruz latina con una cúpula en la interseccion de los dos brazos de la cruz. El edificio tenia tres naves, cada una de las alas cinco capillas, cada columna un nicho: el coro y las tribunas laterales estaban igualmente adornadas de nichos, cada uno de los cuales descansaba en un cuerpo sostenido por dos pilares y doce columnas reunidas de cuatro en cuatro. La



fachada ofrecia tres entradas principales. El pórtico, sobre gradas, descansaba sobre treinta y seis columnas, tres en la profundidad, doce en lo ancho, dispuestas de manera que las líneas interiores y exteriores fuesen siempre dobles.

He dado á un tiempo todos estos detalles para que formasen conjunto. El principio de la construccion de San Pedro pertenece á los reinados de Julio II y de Leon X. Esta parte de la historia pontificia no debia ser interrumpida. No hemos acabado de hablar del celo de los papas; debemos señalar particularmente á Paulo V, Borghese, cuyo nombre se conserva todavía inscrito en la fachada del templo mas magnífico que los hombres han construido en la tierra.

Hay todavía un punto de historia que pertenece al cuadro que ha compuesto el mérito de Julio II y de Leon X, relativamente á las artes. No puedo hablar de todos los grandes maestros que han ilustrado estos dos reinados, brillantes por las ciencias y artes, y cuanto la inteligencia humana ha producido de mas perfecto.

Fuerza es dejar á Rafael; pero no perderemos aun á Miguel Angel, á quien encontraremos 1533 delante de su Moisés, la figura mas hermosa del sepulcro de Julio. Séame permitido poner aquí el paralelo que nos ha dado Mr. de Quatremere de Quincy, al juzgar á estos dos hombres solo en relacion con la pintura.

Pero antes se recordará la opinion de nuestro sábio amigo acerca de dos asuntos de estudio y meditacion que entran tambien en los objetos que aquí he reunido para hacer un todo que sea mas fácil de apreciar. Me refiero á los retratos de Julio II y de Leon X por Rafael.

He aquí lo que dice Mr. de Quatremere sobre este particular:

«A pesar de lo que puede elogiarse en los retratos hechos por Rafael, diremos que no darian una idea completa de los talentos de este, por el poder del tono y la mágia del parecido, á los ojos de los que no hubiesen visto sus retratos al óleo de los papas Julio II y Leon X.

«El de Julio II precedió de cuatro ó cinco años al otro. El color es vigoroso. Su efecto es de la segunda escuela de Rafael, que algunos prefieren á la tercera, como teniendo más claridad en las tintas, mas preciosidad en el trabajo y mas sencillez en la ejecucion.

Añádese con respecto á este tratado que el carácter de la cabeza del Papa tiene una verdad enérgica de expresion, que Rafael no sobrepujó jamás.

«No es un merito venal el de parecido. Para el elogio de esta obra no basta hacer notar la presion del trabajo ó el conjunto exacto de las formas de la cabeza ó de los detalles del rostro; estos elogios se reservan para muchos retratos que solo presentan el exterior de la persona. ¿Pero que es el exterior cuando no es el espejo fiel del interior, esto es, de las costumbres, hábitos, pasiones y carácter del hombre? Sí, para quien conozca la historia moral de Julio II, esta historia está escrita en su retrato. Despues de tantos años, aun se puede decir con Vasari: «*Faceva timere il ritratto a vederlo, come se proprio egli fosse vivo.*» El retrato inspiraba temor, como si el mismo Julio estuviese vivo.

»El retrato de Leon X, entre los dos cardenales, es una obra mas notable todavía.

»El Papa, representado de medio cuerpo, está sentado junto á una mesa cubierta con un tapiz, como si presidiera un consejo ó escuchara la relacion de algun hecho. Los cardenales Julio de Médicis y de Rossi están á uno y otro lado de él, como sus primeros ministros.

»Es tan difícil dar á comprender al espíritu por medio del discurso la perfeccion y belleza de las obras del pincel, que naturalmente, y en todos tiempos, la hipérbole ha venido en socorro de las descripciones, para amplificar la idea que la imaginacion debe concebir, so pena de quedar inferior á la realidad. Luego, despues de algunas locuciones hiperbólicas nacen ciertos relatos mas ó menos fabulosos, que, por apócrifos que sean, no contienen menos la expresion de alguna verdad. Así debe juzgarse por lo que se cuenta del retrato de Carlos V por el Ticiano y del de Leon X por Rafael. Dicen que la ilusion del parecido fué tal, que habiendo sido colocado el cuadro junto á una mesa, el hijo del emperador se acercó á su padre para hablarle de negocios. La obra de Rafael, segun cuentan, mereció los honores de un desengaño analogo, pues el cardenal de Rossi, datario de Leon X, arrodillóse delante del retrato de este, para presentarle una bula á firmar.

»Sí, lo repetimos, estas anécdotas tienen algo de cierto. Es im-



posible ver el retrato de Leon X, aun despues de haber pasado por encima de el tres siglos, que han debido debilitar los colores que tanto contribuyen á la ilusion, sin experimentar este poder del arte que mueve al espíritu á prestarse al prestigio que el artista tiene derecho á ambicionar.

»Esta especie de poder se siente á la vista del retrato de Leon X. No puede resistirse á él al examinar la verdad y carácter profundo de la cabeza del Papa, la noble sencillez de su actitud, lo exacto del conjunto, el vigor del colorido, el relieve de la pintura, la ejecución ámplia y preciosa de todos los accesorios.»

En 1320, Leon X canonizó á San Casimiro, uno de los trece hijos de Casimiro IV, rey de Polonia, y beatificó á Isabel, reina de Portugal, y á Margarita de Córdoba, que mas tarde fué canonizada por Urbano VIII.

Leon era ejemplar en sus costumbres: era grave y sério y muy aficionado á la música. Como la mayoría de los Sumos Pontífices, fué protector de las bellas artes.

Hé aquí un magnífico rasgo de su generosidad que nos refiere el mismo Montor, tomado, segun asegura, de un manuscrito de su biblioteca, intitulado: *Notizie della discendenza della famiglia di Medici*.

«Tenia por costumbre, despues de comer ó de cenar, el repartir rollos pequeños de papel llenos de escudos de oro, que daba á las personas que le parecia merecian su interés.

»Habiendo visto un dia, entre los que le servian, á un hombre de quien sabia era muy merecedor de recompensa, resolvió darle veinte y cinco escudos cuando se acercase para darle con que lavarse. Sin embargo, no habiendo podido adivinar éste la intencion del Papa, se habia retirado antes de que levantaran la mesa. Entonces Leon se dijo: «No es bueno que la mala suerte de este pobre hombre impida nuestra liberalidad,» y dobló la suma con intento de dársela la primera vez que le viera. Llegó el dia siguiente, el criado se presentó un momento y no volvió á parecer. El Papa no varió de resolucion, y en el rollo preparado, añadió por los dos dias de ausencia dos veces veinte y cinco escudos que unidos á los otros produjeron la cantidad de cien escudos. El hombre no parecia: Leon no quiso ceder, y á veinte y cinco escudos

por cada ausencia, subió la suma á trescientos. Leon se decia: «Rigurosa suerte la de ese hombre, pues no quiere que reciba este socorro.» Al fin se presentó el criado; el Papa no aguardó á que terminara la comida, y le dijo: «Amigo mio, no queremos que nos obligues á darte el pontificado: toma esta suma que de veinte y cinco en veinte y cinco escudos se ha elevado á trescientos; tómalos y márchate aprisa, porque de lo contrario tendria que darte todo cuanto tengo.» Leon murió de un ataque apoplético en Noviembre de 1528 á la edad de 66 años, despues de un reinado de ocho años, ocho meses y veinte dias.

## II.

Para formar mejor idea de lo que fué la pretendida reforma, vease lo que sobre la misma dice un notable historiador.

Hacia ya muchos siglos que era deseada una reforma en la disciplina eclesiástica. «¡Oh quien me hiciera la gracia, decia San Bernardo, de que antes de morir viese yo la Iglesia de Dios como ella era en sus primeros dias!» Despues de la época de San Bernardo los desórdenes fueron creciendo; la Iglesia romana, la madre de las Iglesias, que por espacio de nueve siglos completos habia mantenido la disciplina eclesiástica en todo el universo, no estaba exenta del mal, y en el concilio de Viena un grande obispo sentó como base de la obra de esta santa asamblea que era preciso reformar la Iglesia en la cabeza y en los miembros. El gran cisma de Occidente puso esta palabra en boca no solo de los doctores Gerson, Pedro de Ailly y otros grandes hombres de aquel tiempo, sino tambien de los concilios, especialmente de Pisa y de Constanza. Sábese ya lo que aconteció en el concilio de Basilea, en donde por desgracia fué eludida la reforma. El cardenal Juliano hacia presentes á Eugenio IV los desórdenes del clero, principalmente de Alemania, que concitaba el odio del pueblo contra todo el sacerdocio, y predecia que si no era reformado pronto el de Alemania, tras la heregía de Bohemia se levantaria otra aun mas peligrosa.

«Yo creo, añade este gran cardenal, que el mal está en la raiz; el árbol se inclina, y en vez de sostenerlo mientras todavia es